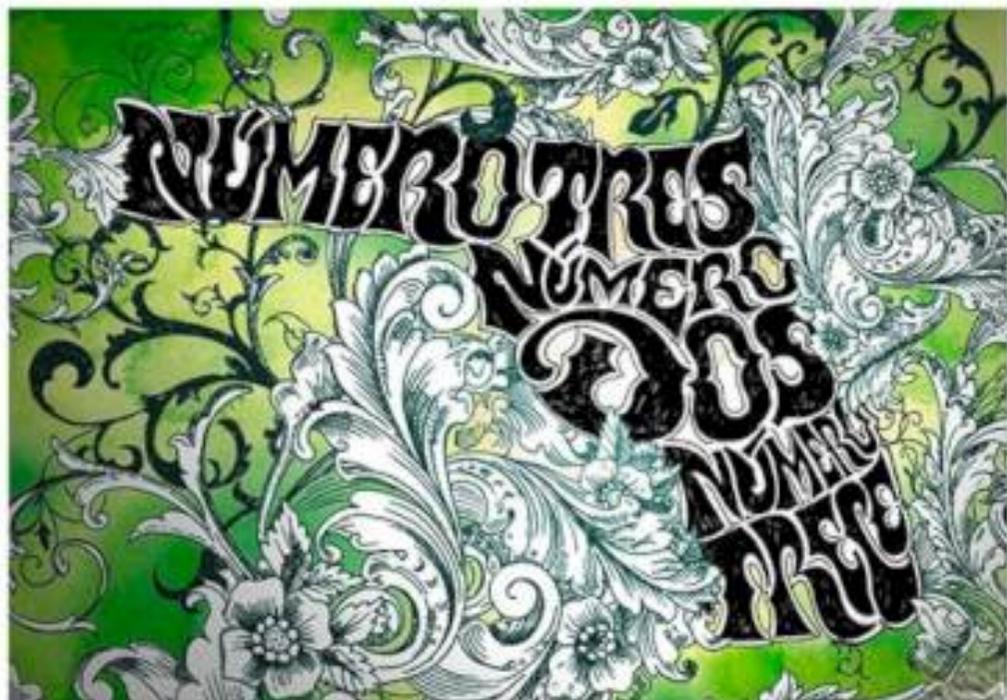


COLECCIÓN PÚRPURA

CARLOS SALEM

✠ Matar y
guardar la ropa

ISBN 978-84-935635-9-2
DEP. LEGAL M-19753-2008



En un camping nudista de Murcia alguien debe morir. ¿Pero quién? Esto es lo que tiene que averiguar Número Tres, uno de los mejores asesinos a sueldo a quienes la *Empresa* asigna sus *pedidos*. Todo sería más sencillo si Número Tres no se escondiese bajo la anodina identidad de Juanito Pérez Pérez, un apocado comercial al borde de los cuarenta; si en el camping no coincidiesen sus hijos, su ex mujer, el juez estrella de la lucha contra el crimen, un amigo de la infancia, otro asesino particularmente despiadado, un inspector que lleva años sospechando de él y una incógnita llamada Yolanda.

«Las virtudes de este narrador (...) residen en buena medida en su vena irónica, en su visión paródica de la vida corriente sometida al más puro disparate.» (Arturo García Ramos, *ABCD*)

La muerte en la literatura

Gonzalo Torrente Malvido

La irrupción de los libros en el amplísimo panorama de la historia de la humanidad supuso una difusión de los avatares de la existencia donde la muerte ocupará para siempre inmensas parcelas, iguales o incluso mayores que las dedicadas a la vida. La muerte natural, las muertes violentas, y las muertes casuales, absurdas, como la vida misma. No puede entenderse el fenómeno de la escritura sin la sombra de la muerte planeando sobre sus páginas: desde la Biblia a los Vedas o la literatura griega, desde los romances al Siglo de Oro español.

Sin la presencia de la muerte no tendríamos las páginas de Manrique, ni las de Petrarca, ni las de Garcilaso, ni las de Shakespeare, ni las de ninguno de los vértices de la geometría literaria universal: rusos, ingleses, franceses, españoles; todos ellos autores con la muerte al fondo de sus obras.

El tratamiento de la muerte, sin embargo, ha sido muy variado: desde la dramática griega hasta la shakespeariana, no obstante la común presencia de la daga; de Lucrecio a Garcilaso; de Chaucer a Maupassant; de Balzac a Dostoyevski. Múltiples maneras de considerar la vida a la sombra de la muerte o de considerar la muerte a la luz de la vida, desde las más diversas temáticas.

La presente novela de Carlos Salem, bajo una aparente envoltura de serie negra —título y tema—, va mucho más

allá gracias a la constante ironía que sus páginas encierran, por la espléndida sencillez de su estilo y por el novedoso tratamiento de la muerte como mercancía.

Aquí el asesinato es un producto a cargo de una empresa cuya metodología de trabajo origina la trama por la que transitan los personajes. Personajes que resultarán estar ligados, por unas u otras razones, al protagonista y narrador, Juan Pérez Pérez, eficaz asesino de la empresa, pero también un hombre corriente al filo de los cuarenta años, ex marido y padre lleno de dudas. ¿Lo han enviado allí para «despachar» a alguien, como es habitual, o en realidad es él quien será despachado? Todo ello en el marco de un camping nudista, en el que poco se puede esconder, pero se oculta, como siempre, lo más importante. No es casual que por este ámbito desfilen, sin ropas pero vestidos con sus propios motivos, diferentes aspectos y personas del pasado de Juan, y también de su incierto futuro. A la hora del balance y tal vez de su propia muerte, todo hombre está desnudo.

Con una trama en ocasiones vertiginosa y en tramos más pausada no obstante el ritmo de constante sorpresa que marcan los personajes y los acontecimientos de principio a fin, *Matar y guardar la ropa* marca un hito en entendimiento literario del asesinato y de la novela negra, al tiempo que señala una modalidad de ficción insólita en el tratamiento estético y necesaria en la novela en general.

Gonzalo Torrente Malvido (Ferrol, 1935) ha publicado una vasta obra narrativa en la que destacan las novelas Hombres varados, finalista del Premio Nadal 1961; La raya, Premio Café Gijón 1963; La balada de Juan Campos o Tiempo provisional, Premio Sésamo 1969. Siempre ha mostrado interés por el género negro, y en este campo ha logrado libros me-

morables como Introducción al crimen de la herradura o Teorema del mal.

*Para Inés, por tanto
Para mis hijos, África y Nahuel.
Para Héctor Koenig, «Kona», mi más viejo amigo.
Para Gonzalo Torrente Malvido, mi viejo Número
Tres.
Y para la gloriosa pandilla de tarados del Bukowski
club.*

—*¿Sabe qué? No se ofenda, pero usted está cansado de llevarse puesto.*

OSVALDO SORIANO, *Una sombra ya pronto serás*

|

Los espejos del ascensor nos repiten, creando a partir de los cuatro pasajeros una multitud de clones. Es un ascensor moderno, como el edificio, y hace un momento, cuando subimos el hombre del traje azul y yo, en la planta número catorce, se me antojó un truco de feria, un truco cruel, porque en lugar de deformarnos, la óptima calidad óptica de los espejos nos mostraba con precisión. Y eso duele.

En el piso doce se detuvo el impulso muelle y entraron esta mujer y su fotocopia reducida, la misma altivez repetida en estaturas diferentes. La Madre (porque es una Madre con mayúsculas), se ocupa de aleccionar a la niña sobre lo que debe y no debe hacer cuando vienen a ver a papá a su despacho. Alarga la palabra despacho tras mirarme, porque lo que ve ratifica mi condición de probable subalterno del respetado papá. Ve a un hombre cercano a los cuarenta, con un bigote anacrónico y el pelo estirado para ocultar la posible calvicie. Un hombre algo encorvado, como esperando el próximo golpe o reponiéndose del último.

Nada patético.

Sólo banal.

Un hombre que podría ser guapo si en lugar de esa expresión bovina y amable mostrara un poco de fiereza, algo de ambición, una chispa de felicidad.

Visto un traje gris no muy gastado. De hecho, sólo me lo he puesto una docena de veces. Pero se ve como yo, ablandado prematuramente. Por eso la Madre, que se alar-

ma porque la niña ha olvidado algo en el despacho de papá, me mira como diciendo que mi fatiga mediocre de previsible empleado de alguna de esas empresas, no es nada en comparación con lo que tiene que hacer una Madre. No oigo sus palabras, pero el hombre del traje azul, el otro hombre, sacude la cabeza caballeroso y detiene el ascensor con un gesto que no depende tanto de su dedo en los botones como de la autoridad que emana. Vuelve a manipular y subimos.

No me ha consultado.

No hace falta.

Él nunca consultará nada y el oro de sus anillos y el reloj y el llavero del Mercedes avalan sus decisiones.

Otra vez la planta catorce. Madre e Hija salen tras agradecer al señor e ignorar al invisible.

Volvemos a bajar. El hombre de azul saca un puro y lo enciende. No me consulta. No hace falta. Se limita a desaparecer desde el espejo un gesto cómplice de que estamos entre hombres, retoca sus gemelos de oro y disfruta del humo. Yo también. Admiro el encendedor (de oro, claro) que se ha quedado en su mano para que yo lo pueda admirar, mientras abre y cierra la tapa con simplicidad ensayada. Hago al espejo un gesto hacia el mechero. Es una pregunta y él aprecia mi timidez y el respeto de mi ademán. Asiente apenas. Meto la mano en el bolsillo y él adelanta el mechero para darme fuego como si me diera una bendición. De reojo mira su habano, especulando qué tabaco barato sacaré del bolsillo. Supongo que apuesta con su mente sobre una u otra marca, como apostará en los casinos, dejando llover las fichas sobre el tapete. Se decide por la marca más barata de cigarrillos rubios, estoy seguro, y se prepara para que su expresión no traduzca misericordia. Puede que incluso considere la posibilidad de mejorarme ofreciéndome uno de sus habanos. Se advierte que está satisfecho, de sus negocios y de sí mismo, del mundo que funciona como debe para las personas con cuna y posibles, necesariamente

pocos en cantidad pero ricos en calidad. Por eso se asombra cuando ve que el mundo no funciona ya como debe, y que en lugar de un paquete de tabaco barato saco del bolsillo la pequeña pistola negra, alargada por el falo del silenciador, le apunto a la frente y disparo.

Dos veces.

Se mira al espejo y presta más atención a su aspecto en general que a los agujeros rojos y gemelos en su frente.

Después muere.

Detengo el ascensor en la planta número tres. Las oficinas de ese piso están en obras y es la hora de la comida. Como advertían mis instrucciones. Agradezco al hombre caído la exactitud de los hábitos, y a la Madre el olvido que me evitó tener que poner en práctica la fase B. Esperar hasta la noche para abordarlo cuando volviera del club hubiera aumentado el riesgo y consumido un tiempo que no tengo.

Bajo y dejo el pie calzado con zapato caro para impedir que se cierre la puerta del ascensor. La puerta empuja. El pie del hombre baila con el aire. Bajo por las escaleras con aire jovial, hasta la planta baja. Como vaticinaban mis instrucciones, ha cambiado el turno y el guardia de la recepción es uno diferente del que me vio subir. Yo también soy diferente, con la chaqueta sobre el hombro y el pelo revuelto, un joven ejecutivo prometedor, acaso uno de los genios de la informática que reinan en todas esas empresas de los pisos superiores y cuyo nombre acaba en punto com. El bigote anticuado viaja en mi bolsillo, junto a la pistola.

Saludo al guardia y salgo a la Castellana.

El sol baña Madrid. Pienso en la Madre del ascensor y en que su llegada estuvo a punto de obligarme a hacer horas extras. Pero la mujer tenía razón. Lo mío no tiene mérito.

Ser un asesino a sueldo es fácil.

Lo difícil es ser padre.

||

Dos llamadas impostergables.

Una es rutinaria.

La otra me aterrera.

Respetar las prioridades: primero lo secundario. Busco una cabina. No cualquier cabina. Esa cabina, la que figura en las instrucciones. En los barrios elegantes, que es donde menos necesarias son, siempre encuentras cabinas que funcionan. Una chica joven habla con otra y le narra conquistas y aventuras. Es una chica guapa. Cuando llega el verano, Madrid se llena de chicas guapas. Me mira de reojo y le gusto. Vaya. Un descuido. He olvidado cambiar a Juan Pérez Pérez, Juanito, y me quedé con el aspecto de Número Tres. En cierto modo, es lo justo. Hasta que no informe, sigo siendo Tres. Y llevo bastante tiempo sin que una chica guapa me mire así. Prolonga la conversación, consciente de mi proximidad, y lleva la narración a terreno más escabroso. No es grosera, aunque utiliza las palabras más fuertes como si hablara de objetos domésticos. Me entero de que un tal Tony tenía una polla notable (sí, dice notable), pero que no la sabe usar y aguanta poco, aunque cualquier cosa es preferible al tedio programado de Teddy (es lógico que un tío llamado Teddy provoque el tedio, me digo), que sólo se pone si antes se atiborra de pastillas. Y una no está tan mal como para depender de la farmacia para que te fallen bien, ¿no? Esto último lo dice mirándome a los ojos y niego con

la cabeza: ella no necesita esas muletas, le sobra con lo que tiene.

Corta y duda un instante. Acaso espera que me acerque o diga algo. No lo hago. Sería un error. Me disculpo con mi mejor sonrisa y acompaño con la mirada su marcha triunfal, porque es lo que espera de mí y porque se lo merece. Lo siento por Teddy.

Marco.

Es mi número.

Sólo mío.

Cuando suene al otro lado, ella descolgará y dirá:

—Buenos días, Tres —con su voz educada y sinuosa. A veces me pregunto si sabrá de qué nos ocupamos y que cada vez que llamo para preguntar por Número Dos, informo que alguien ha muerto.

No lo sé. Ni puedo preguntárselo.

No procede. No conviene.

No es seguro.

Además, esta vez no es ella quien responde, sino la voz espesa y lenta de Número Dos.

—Hola, Tres. ¿Todo en orden?

—Hola, Dos. Pedido entregado.

—¿Sin reclamaciones?

—Al menos, a mí, el cliente no me ha dicho una palabra...

—No juegues, Tres. No tiene gracia. ¿Todo según lo previsto?

—Así es. Y esta tarde me voy de vacaciones.

—Respecto a eso... Tenemos un problema.

—Lo tendrás tú. Yo me voy de vacaciones. Esta tarde. Es lo acordado.

Número Dos carraspea, como si alguien más oyera la llamada. Y no me extrañaría. En todo caso, su voz deja traslucir cierta vacilación. Y eso es extraño. A Número Dos lo parió una nevera. Y en invierno. Se dice que en el Polo. No sé en cuál de los dos polos.

—Sabes que no te pediría esto, Tres, pero...

—De ninguna manera —le corto con firmeza—. No puedo. Esta tarde salgo para la costa y es imposible cambiarlo.

—Déjame que haga unos arreglos y vuelve a llamar en media hora.

—Vale.

Cuelgo con demasiada fuerza. No debo enfadarme. Sólo resistir. Miro alrededor y veo que en una terraza cercana, la chica que lamentaba la tediosa polla de Teddy me sonrío detrás de una copa de Campari. Sonrío. Me hace falta. Puedo tomarme esta media hora bebiendo algo rojo y fuerte con la chica, decirle que me llamo Tony y concertar una cita a la que no acudiré.

Pero tengo pendiente una llamada peligrosa. Y debo hacerla.

Marco. Saludo. Me identifico.

—Ah, eres tú —lamenta la voz de Leticia. Espero que no me salgas con ningún cambio de planes, Juanito.

—Lo cierto es que...

—¡Nada, esta vez, no! Esta noche vienes a buscar a tus hijos y te los llevas un mes de vacaciones, para que crean que tienen un padre. Y si me dejas colgada, no volverás a verlos. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo, Leticia. Pero sólo se trataría de un día o dos...

—Ni media hora. Tengo planes, ¿sabes?

—Huelo a hombre...

—Eso. Un hombre. Uno de verdad. Y salimos esta noche. Todo el mes.

—Vale, vale. ¿Cómo están los niños?

—Locos de felicidad porque pasarán el mes más excitante de su vida con el padre fantasma más aburrido del mundo.

—No siempre te aburrías conmigo.

—Eso era en otra época, Juanito. Cuando tenías ambición y sabías decir que no. ¿Qué te ha surgido ahora, un

pedido urgente de pañales para un hospital de Barcelona, o una partida de compresas para Asturias?

Se burla. No recuerdo cuándo empezó a burlarse de mí.

—No te preocupes, Leticia. No arruinaré tus vacaciones eróticas.

—No puedes, Juanito. Ya no. A las nueve. No lo olvides. O haré que lo recuerdes toda tu vida.

Cuelga. Lo veo todo rojo. Rojo Campari.

La chica se llama Montse o miente como yo, que ahora me llamo Tony y soy ejecutivo de unos grandes laboratorios. Divorciado y de Valladolid, ya que ella es diseñadora y de Bilbao. Esta noche estoy libre y ella es libre cada noche. Juego un poco y le digo que Madrid, en verano, me parece tedioso. No lo pilla enseguida. Tarda casi un minuto y eso excede mi límite. Incluso con esas piernas. Nos citamos a medianoche en un bar de Huertas y ella se aplica en dibujarme el plano que tiraré dentro de un rato a cualquier papelera.

Me despido porque tengo que llamar y se extraña de que no use teléfono móvil.

—Tengo. Pero no me gustan demasiado —digo—. Suenan cuando menos te lo esperas.

Ella sonrío como si fuera una insinuación sexual. Se aleja contoneando caderas y esta vez la miro por cortesía.

El Número Dos parece aliviado:

—Todo en orden, Tres. Márchate tranquilo pero llévate el móvil.

—Y el bañador.

—Eso, tú mismo. Pero no olvides incluir el muestrario en tu equipaje. Puede que te necesitemos.

El muestrario es una maleta con dos armas diferentes: una larga y otra corta. Con silenciador. Y todos los accesorios y juguetes mortales que la Empresa pone a nuestra disposición para entregar los *pedidos*.

No son las vacaciones que esperaba.

Nunca lo son.



Los niños duermen en el asiento trasero. Hemos comido en una hamburguesería de las que se anuncian en la tele, lo certifica la cantidad de juguetes y cosas de cartón colorido que pueblan el coche. Salimos de Madrid por una carretera llena de curvas y ellos duermen.

Leti cumplirá quince años este verano, no recuerdo en qué mes. Se parece a su madre y me hace sentir incómodo.

Antoñito tiene diez y Leticia arruga la nariz cuando dice que se parece a mí.

A veces creo que me odian. O que me ignoran.

Prefiero eso. Todo el mundo me ignora. Ignora quién soy y eso está bien.

Es el primer verano que pasaremos juntos en dos años. Desde el divorcio. Leticia se los llevó como dos maletas más. Y no luché por ellos. No hubiera sabido.

Ahora duermen, derrotados por el paseo, y el coche avanza cargado de maletas y bultos, escenificando el modelo de familia media que aprovecha la noche para viajar hacia el mar evitando aglomeraciones.

El móvil, en el asiento del acompañante, intenta hacer el papel de Leticia.

Por lo menos a él lo puedo apagar.

No puedo. No debo. El cable que lo une al encendedor del coche representa un cordón umbilical que me ata a lo que no me importa ser el resto del año, pero este mes no, este mes de vacaciones en el mar y con los niños.